



P. LOTI

CUERDOS  
DESTIER

PQ2472

.S6

S6



1020026871



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Richardson*



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

RECUERDOS DE DESTIERRO.

Núm. Clas. 92 (L883)

Núm. Autor L 883 r

Núm. Adg. 30467

Procedencia -8-

Precio \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Clasificó \_\_\_\_\_

Catálogo 6

PIERRE LOTI.

# RECUERDOS DE DESTIERRO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

H. GINER DE LOS RIOS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



MADRID  
EL COSMOS EDITORIAL  
ARCO DE SANTA MARÍA 4, BAJO

1888

099610

30467

843.  
L.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PB 2472

.56

56

*Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.*

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FONDO "ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1888.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Á LA MEMORIA

DE LA SEÑORA LEE CHILDE

(ANTES BLANCA DE TRIQUETI).

He dedicado estas páginas á la memoria de una amiga noble y distinguida, cuya imagen permanece siempre viva en mí cuando tengo espacio y tiempo para pensar.

Sólo á ella las dirigí desde el principio, al escribir las en los lejanos países Amarillos; desde ellos se las enviaba, y venía á ser esta correspondencia como conversación entre ambos para distraerla, durante aquellos meses interminables y tristes en que lentamente, lentamente, se iba apagando con exquisito y sereno semblante.

Poco más de un año hace que descansa en paz en la tierra; parecerá algo tarde venir ahora á ha-

blar de ella aun á las gentes escogidas, aristocracia del nacimiento y de la inteligencia, que en vida la rodeaban, formándole una verdadera corte.

Bien quisiera yo dejar grabadas sus facciones, que se pierden como la de todos los muertos, borrándose de la mente de los que quedan. Los libros, incluso los que más pronto se olvidan, duran mucho más que las humanas existencias, y mi deseo sería que en las hojas del presente se fijara algo de ella que la sobreviviera.

Casi siempre fuimos el uno para el otro *amigos apartados*, según frase suya muy frecuente. Mi oficio me obligaba á andar errante, y ella se retiraba los veranos á su castillo del Perthuis, recorriendo en el invierno el Africa, en busca del sol que contuviera su enfermedad; lo más que nos veíamos eran unos cuantos días, entre viaje y viaje, largos generalmente.

Pero las cartas, que atravesaban el mundo entero, nos transmitían fielmente nuestros pensamientos acerca de todas las cosas. En ciertas ocasiones (ocasiones de turbación), era mi consejo, consejo recto y firme, precioso á mi sentir y que yo

seguía religiosamente. Abrigo el recelo de no encontrar palabras bastante respetuosas para ocuparme de ella y recordar su noble persona.

Su habitación de París hallábase situada en los Campos Elíseos; era aquella gran casa que avanza como proa de barco entre la *Cours la Reine* y el jardín del Palacio de la Industria. Allí es donde con más frecuencia la he visto, allí donde más gráficamente se me representa, sentada en su sitio favorito, en una especie de pequeño santuario que se había formado al fondo de un salón ovalado del cuarto bajo, á la sombra de altas palmeras, que constituían en su interior como una valla contra la excesiva claridad del exterior. Aspirábase un suave perfume del Oriente desde la entrada. Cuando se abrían las primeras puertas, ocultas bajo cortinajes recogidos, y al final de una especie de avenida de cosas raras reunidas por su gusto exquisito, se la veía levantando su cabeza de cabellos color de oro oscuro, para fijarse en el personaje que llegaba; luego de reconocido, cayendo de nuevo en su actitud, casi recostada, acogía la visita con aquella sonrisa amable para los



indiferentes, franca y dulce para los que veía con gusto.

¿Cómo pintar su figura para que se asemeje un poco?

De innata y suprema distinción; alta, esbelta, derecha y ondulante á la vez; andando como las reinas soñadoras, su cintura flexible y la cabeza inclinada hacia el suelo. Su rostro era pequeño, admirablemente fino, blanco como la cera, ya con huellas profundas, destruido en ciertos momentos por el mal mortal que la minaba. Perfil de líneas poco marcadas, dulcificadas, raras, jamás visto en mujer alguna. De sus ojos, bien puede decirse que *alumbraban*, y no con la exageración y el abuso que es frecuente cuando de ojos de mujer se habla, sino con certeza y perfecta realidad; de azul gris, ó más bien de un color cambiante como las ondas del mar, pues que su matiz variaba según los sentimientos que los animasen; ojos que en ocasiones parecían dilatarse para escrudriñar hondo, hondo, y sondear los últimos repliegues del alma; duros como el acero siempre que desaprobaban. ó no amaban, infinitamente buenos, infinitamente dul-

ces y hasta delicadamente risueños cuando se le ocurría decir alguna broma imprevista que ninguna otra hubiera discurrido. En determinadas ocasiones, estos mismos ojos notables manifestaban una absoluta indiferencia, por laxitud, que muchas gentes tomaban por desdén y que intimidaba fuertemente.

Un académico, amigo suyo, le dijo cierto día: «El retrato superficial de usted se traza con cuatro adjetivos: orgullosa, elegante, indiferente, inteligente.» Y esto era ella en efecto en su exterior.

Con un ideal inaccesible en todas las cosas, no realizado por mirar quizá con exceso al fondo, cansada de la vida, harta de homenajes, había ido poco á poco ocultando su espíritu debajo de aquellas apariencias.

Su fotografía exacta, levantada la máscara mundana, podría trazarse diciendo: «recta, animosa, noble, delicada.»

Sincera como pocas mujeres saben serlo; extraña absolutamente á las mil pequeñas coquetearías femeninas, á las mezquinas rémoras y agita-

ciones menudas, vivía mucho más alto que todo esto. Era una *amiga* constante y fiel, y honrada hasta en los menores movimientos irreflexivos de su pensamiento. Su palabra, algo áspera y breve en ocasiones, buscaba siempre, cuando aconsejaba ó censuraba, la frase más á propósito para conducir á sus amigos hacia lo que le parecía objeto digno y levantado.

Valiente como el hombre de más corazón ante la muerte prevista y próxima, luchando contra ella palmo á palmo por amor á la vida, pero sin una queja, sin alteración sensible en la serenidad de su sonrisa. Una vez me escribió: «¿No es verdad que es el miedo necia inutilidad?» Valiente aun en las pequeñas decepciones fatigosas de cada día.

Delicada en todo, en su espíritu, en su lenguaje, en su aspecto, hasta en las personas\* y cosas de que se rodeaba.

Enamorada de cuanto existe en el mundo hermoso y admirable, gustaba naturalmente de todos los refinamientos de la elegancia.

A propósito de una célebre mundana, que bruscamente vino á dar en la miseria, le oí exclamar:

«¡Dios mío! fácilmente puede prescindirse de lo necesario y de lo *convenido*; pero ese lujo de que ya no disfrutará.... ¡Pobre mujer!»

Lo *convenido*, las menudas convenciones y obligaciones sociales que constituyen toda la vida y manera de ser de ciertas gentes, eran por ella aceptadas, aunque en el fondo las desdénase soberanamente; como también menospreciaba las ideas modernas, las teorías igualitarias y todo aquello que vulgarmente se designa con el nombre de progreso; conservando en cambio el culto del gran pasado derruido y el respeto á los recuerdos, á la tradición y á las religiones.

Poseía esta admirable criatura una extremada actividad de espíritu, como si sintiera la necesidad de comprender, ó al menos de percibir, antes de la muerte, todo el conjunto de los conocimientos humanos.

En comunicación con inteligencias verdaderamente superiores, atrayéndolas por su majestuoso encanto, leyendo cuanto se publicaba de notable en Europa, vivía al corriente y al nivel de lo más elevado, de lo que solamente sucede en aquellas

esferas á que pocas mujeres consiguen la posibilidad de llegar.

Bien conocía mi alejamiento innato de las cosas impresas, y por esto se tomaba la molestia de subrayarme los pasajes y doblarme las hojas de lo que era preciso por lo menos leer; y entonces por este medio, y en razón de su cuidado, imponíame yo y adivinaba al momento el contenido de un libro grande que por su aspecto me horrorizaba.

Pero no únicamente paraban en esto sus excelentes cualidades, sino que también escribía de una manera en realidad admirable; y sus cartas, que fiel y puntualmente me llegaban por el correo de Francia al país de mi destierro, constituían una de mis más profundas alegrías. Y como era lindísimo y noble cuanto de ella provenía, me confortaba en las horas de desfallecimiento, porque lo espiritual, lo fino y de buena ley que producía siempre era realmente sin tacha.

En cierta ocasión, por distraerse, había escrito la narración de uno de sus viajes al Egipto, publicándose en la *Revista de Ambos Mundos*, y más tarde en forma de libro con el título de *Un infier-*

*no en el Cairo.* Y como me indignara yo de que no me lo hubiese enviado, recibí á mis reproches esta contestación: «Fué por modestia bien natural; esperaba que usted me lo pidiera. Si se tratara de un libro sobre cocina, conforme; me hubiera sentido orgullosa de hacérselo á usted leer; pero del Oriente, del Oriente, á usted, Loti, nunca.»

Cuando su inteligencia descansaba por casualidad, entonces eran sus dedos los que se hacían activos, viéndosela combinar con sus delicadas manos sedas de raros colores, hilos de plata y de oro, y componer de prisa, de prisa, como si fuera una hada, maravillosos bordados, cuyo dibujo había ella misma trazado en acuarelas allá en el fondo de algún retiro inaccesible en Kairoán ó alguna otra parte.

En uno de sus viajes cuenta las idas y venidas á la Karbah de Argel para llegar á descubrir los misterios de cierto *punto* de tapicería árabe.

Excusábase después de haber ejecutado tan preciosos trabajos por ser ocupación infantil, y decía riéndose: «En una de mis precedentes encarnaciones he debido ser una obrera laboriosa, ha-

biéndome quedado sin duda esta manía del trabajo en la punta de los dedos.»

Crecía mi inolvidable amiga que por este movimiento constante se sostenía de un modo artificial y que lograba engañar su enfermedad.

Un día, observándola más postrada que de costumbre, le dije: «Suplico á usted que se marche al campo, á tomar el aire, el sol; á algún sitio en donde no pueda usted hacer nada, leer nada, ver nada; porque considero que con este género de vida se está usted asesinando aquí.» Con sonrisa tranquila me respondió: «Si yo no me matara así, paso á paso cada día, ya me hubiera muerto hace tiempo.» Sentóse después al piano y tocó una pieza ligera y febril, y tocaba como un profesor, algo por el estilo de Rubinstein, á quien ella admiraba, pero con propio carácter y sentimiento. Esto la fatigaba extremadamente, mas producía una delicia perfecta el oirla.

En mi memoria permanece grabada la visita que le hice en Marzo de 1883, á punto de partir para reunirme en Formosa con la escuadra del almirante Courbet.

Fuí á París para despedirme de ella, y la encontré en el lecho, donde yacía desde los primeros días del invierno y del cual no debía ya levantarse. Hallábase en el principio de la horrorosa lucha final contra la muerte; largo martirio que duró quince meses, prolongándose la vida de esta mujer superior en fuerza de una voluntad enérgica, de una calma estoica, y conservando siempre para aquellos á quienes amaba su gracia expresiva y dulce sonrisa.

Cuando entré en su habitación contemplé sobre la almohada, y en la penumbra producida por los cortinajes de color azul oscuro, aquella delicada cabeza que descansaba ataviada tan correctamente como si se tratara de un día de recepción. Hallábase vestida con su acostumbrada elegancia, y adornada con todas sus alhajas, sus brazaletes y sortijas, como persona que no quiere confesarse vencida y que se encuentra descansando de una ligera y fugaz fatiga; pero su figura se mostraba con una palidez verdaderamente cavernosa.

Allí, cerca de su lecho, se arrodillaba la Duquesa de R\*\*\*, su íntima amiga, que le cogía la

descarnada mano y en ella parecía que ocultaba su hermosa cabellera rubia. Jamás olvidaré el grupo angelical de estas dos mujeres.

Era su habitación alta de techo, clara, de una sencillez exquisita, y sin que nada despertara dentro de ella ideas de tristeza, de enfermedad, y aun menos de muerte. Hermosas flores, suave calor hábilmente dispuesto, y por la ventana penetraba el sol de invierno y se divisaban los árboles.

—Hablen ustedes los dos—nos dijo;—y como á mí me lo han prohibido, haré con mis manos signos de asentimiento cuando digan ustedes algo notable.

Así transcurrió algún tiempo, y en el momento de marchar, al besar su mano, hubo de percibir sin duda un yo no sé qué involuntario en mi expresión, conmovida y pensosa en esta despedida. Y entonces sus grandes ojos interrogaban los de su amiga; después los míos, como preguntándonos si realmente creía yo no volverla á encontrar viva en el año próximo cuando la guerra concluyera.

Forjábese ilusiones acerca de su estado mujer tan animosa, no precisamente sobre la gravedad,

sino sobre la duración de su mortal padecimiento. Convencida por célebres médicos, habituados á engañar á sus pacientes fingiendo hablarles con la mayor sinceridad y por medio de términos técnicos, pensaba aquella noble señora que todavía le quedaban cuatro ó cinco años de gozar las cosas de la tierra, y que por esta razón le sobraría tiempo para llevar á cabo reparaciones empezadas en su finca del Perthuis y disfrutar de ella uno ó dos veranos, y aun que le sería lícito volver á Egipto al amparo de aquel sol reparador y llegar al Oriente y al Desierto.

Al salir me dijo la Duquesa: «Ya no encontrará usted cuando vuelva á esta *sirena*.» He conservado siempre en mi memoria esta palabra *sirena*, que escrita quizás no suena bien, que tiene algo de pagana, algo de pasada de moda; pero allí, y pronunciada por aquella mujer joven en el sentido de *encantadora* y en la acepción más dulce del *encanto*, era en mi sentir la palabra más apropiada, la que convenía; ninguna otra hubiera servido mejor para pintar aquella moribunda ideal, de hermosos ojos azul gris y cabellos de ondina, y cuya voz apenas

perceptible resonaba como música que se apaga, pero atractiva y como teniendo ya el aire de sonidos que vienen de lo lejos misteriosos y supremos.

Mientras duró la última campaña de China, constantemente me perseguía el temor de no volverla á ver, y eso que sus cartas no me faltaron jamás, aunque cada vez más breves. Su preciosa letra, en otro tiempo tan firme, había cambiado, y más tarde llegaron sólo algunas líneas con lápiz, más anchas y que revelaban claramente un esfuerzo, una lucha que hacía daño.

Y durante mi viaje de regreso, en aquellas largas semanas en que á través de los azules mares de las Indias permanecíamos sin noticia de nuestra Francia, el pensamiento de aquella mujer me perseguía de una manera mucho más dolorosa.

Sin embargo, en Port-Said fuí al consulado, y me entregaron uno de aquellos cortos y queridísimos renglones, los últimos que recibí de su mano.

Helos aquí:

«París, 17 de Diciembre de 1885.

»Confío en que he de ver á usted, mi querido amigo. ¡Cuántas veces, en el espacio de tres meses de graves y continuadas recaídas en mi penosa enfermedad, me he despedido de usted con el pensamiento! Me he sentido muy mal; pero estoy algo *mejor*, y aunque no espero restablecerme, sí creo que aun podré vivir y *arrastrar* unos cuantos meses.

»¡Cuando usted venga, tal vez me traiga salud y sol en la maleta, y seguramente el afecto de su corazón, que tanto me conmueve y en el que me he detenido los días tristes, aquellos días en que sufría demasiado y horriblemente.

»Cuatro meses hace que no he abandonado el lecho, y paso á paso mi existencia va disminuyendo y estrechando su círculo.

»Su madre de usted cuenta con que estará usted aquí en Febrero..... ¿Podrá usted leer esto que le escribo?.... Lo hago con mucho trabajo. ¡Estoy tan débil!»

Llegué por último á Francia; telegrafé á París,

y dos horas después supe que aun vivía, con asombro de los médicos, y hasta que se encontraba un poco más aliviada.

El desembarque me obligaba á detenerme en Tolón, cerca de un mes; pero ya estaba yo más tranquilo con esta *mejoría* engañadora, que era la mejoría del fin.

Un día recibí una carta que ella había rogado á su marido que me escribiera en su nombre; habíase agravado repentinamente, y los médicos temían que no pasara de la semana, ni quizás del día siguiente. Entonces les anuncié telegráficamente á los dos, que iba.

Era por la tarde, y el expreso de París había salido, siéndome necesario esperar al otro día para ponerme en camino. Me encerré solo en uno de esos albergues de casualidad, y allí pasé una noche sombría.

¿Por qué no me iría yo en los primeros días, en vez de adquirir una tranquilidad tan pronto destruida? Y las horas de la noche se arrastraban con una lentitud penosa, inventando la fantasía los ensueños más absurdos; hasta llegué á creer que

velaba el cadáver de mi excelente amiga en aquella lóbrega mansión.

Cuando llegué al día siguiente y me presenté en su casa, comprendí que aun vivía. Todo había conservado en el exterior su aspecto habitual.

Tenia miedo de verla y la encontré tan cambiada que apenas si era ella misma, y eso que en mi separación ya la había dejado extremadamente delgada, inmaterial, si así puede decirse.

Como siempre, vestida, peinada, rodeada de flores, distinguida hasta el fin, queriendo recibir la terrible visita como gran señora que no siente miedo ni desfallecimiento.

Desde hacía algunos días se conservaba esta preciosa existencia de una manera artificial y á fuerza de morfina, que lo mismo detenía la vida como la muerte. Bien claramente se veía esto fijándose; sus facciones lívidas, transparentes, se habían puesto rígidas é inmóviles, y á excepción de los ojos parecía ya una muerta, muerta linda y ataviada.

Pero sus ojos sí, sus ojos vivían, intensos, dulces, profundos, celestiales y hasta aumentados.

En este sentido era ella todavía la que yo encontraba allí; porque en aquel cuerpo agotado, casi sin movimiento, sin aliento siquiera, permanecía entera esa cosa indefinible que es el alma, la inteligencia. Al verme me dijo: «Gracias doy á Dios por haberme consentido disfrutar de este momento.»

Después de estas palabras hubo un largo silencio durante el cual observaba yo todos los objetos á mi alrededor como si me interesaran grandemente y es que tenía miedo de llorar.

En su elegante habitación nada despertaba la idea de muerte. Al lado de su lecho, colocados al alcance de su mano, algunos *etagères* de laca contenían recuerdos, retratos y mil minuciosidades preciosas de su particular estimación, un vaso con rosas, uno ó dos libros y el incomparable del Evangelio.

En primer lugar hablamos de la vida y de la muerte; ella, como si fuera una iluminada, un espíritu de ultratumba y su voz lo estrictamente perceptible, se dejaba oír en el silencio, entrecortada, anhelosa, pero siempre dulce, y yo la escu-

chaba como voz que no perteneciera á este mundo. Me sentía impresionado de una manera nueva y desconocida ante el espectáculo de esta entrevista suprema, con una inteligencia tan clara, tan *presente* y, sin embargo, tan *lejos* como si tocara ya en las misteriosas regiones del *más allá*.

Parecía preocupada especialmente en evitar á los que quedaban las penosas escenas de las despedidas, de las agonías, y más animosa que nunca, ni aun siquiera consentía que se la viera sufrir; demasiado animosa, porque su valor excedía en mi sentir á las fuerzas humanas, creyendo yo que algo de expansión, lágrimas, le hubieran conve-nido más. Pero no quería, considerando que toda manifestación externa de emociones era una debilidad, y exagerando esta idea en la última hora de su muerte, se hacía rígida para permanecer estoica.

Para someterme y no fatigarla, poco á poco lleve la conversación á asuntos y á terreno más habituales, hablándonos como amigos que tienen mil cosas que decirse, que no se han visto durante mucho tiempo y que han de separarse para mu-



cho tiempo también, y uno de ellos en dirección de un país al cual no llegan las noticias. Informábase ella de todo cuanto yo pensaba hacer, de mis proyectos para más adelante, para el porvenir..... Tratábamos de viajes, de novedades de algunas personas, y en dos ó tres ocasiones la delicada sonrisa de los antiguos tiempos reaparecía en sus labios dando en aquella especie de ironía extraespiritual, cuyo secreto ella sola poseía, y tan lejos de la amargura como cerca de la compasión.

Ya sabía yo que los últimos momentos de esta mujer verdaderamente admirable no podían parecerse á los de ninguna otra, y, sin embargo, la situación me tenía confundido, intimidado; quizá la amara menos, pero sobrecogido por un sentimiento religioso hacia esta criatura elegida, veía cómo marchaba al desconocido final con una serenidad inalterable.

Disponía de dos días solamente para permanecer en París ocupado en esta despedida suprema, y cuando salía de la habitación á la caída de la noche me dijo: «Vuelva usted mañana á cualquier hora, temprano *será lo más seguro*..... Le recibiré

á usted aun una vez, si llego.....» y á un tiempo su gesto y su mirada revelaban su incertidumbre respecto de aquella última entrevista.

Sus ojos veláronse en seguida tomando un tinte de dulzura tan afectuosa, de tan humana tristeza, que besé su mano con ternura fraternal, su pobre mano tan demacrada de que se caían ya las sortijas demasiado anchas.

Volví con efecto al día siguiente pensando, con el corazón angustiado, que iba á encontrarla por la última de las últimas veces. Su cuarto presentaba el aspecto ordinario, con sus flores y su tranquilidad, pero la muerte había realizado su horrible trabajo durante la noche.

Ya no era la misma; sus ojos aumentados con la morfina, que tomaba á grandes dosis para calmarse, se fijaban en el vacío con expresión de delirio, se hallaba extremadamente agitada, divagaba algo. ¡Al fin estaba vencida!

Por la mañana había hecho que su doncella le cortase el cabello, diciendo que la sofocaba, que la producía dolor de cabeza exasperándola. Se excusaba mucho por presentarse de este modo que no

era correcto; pero tenía todo el aspecto de una reina agonizante con aquella preciosa cabeza cubierta con una especie de mantilla de encaje blanco que sujetaba sus cortos cabellos.

No, no era ella, en estos momentos se preocupaba de viajes para el verano, hablando después de visitas numerosas que había recibido aquella mañana y citando los nombres de personas todas muertas.

Llegó la hora de marcharme y nos despedimos hasta la vista, hasta la primavera, como dos amigos que se hallan seguros de encontrarse bien pronto, y antes de salir de su cuarto me volví para contemplar su rostro por última vez. También fijé la mirada en aquellos salones donde había pasado horas de conversación inolvidable, en todas las cosas arregladas por ella, en la residencia de que fué alma encantadora y en que aun se respiraba el perfume del oriente que puso su exquisito gusto.

Así vivió cerca de seis días. Una mañana en Tolón recibí un telegrama en que me anunciaban su fallecimiento. *El Figaro*, y otros periódicos después, decían «que una de las mujeres más notables de París, la señora Lee Childe, acababa de mo-

rir», etc., etc. Cuando me enseñaron esta noticia, la leí con el corazón enteramente seco, como si se hubiera tratado de alguna otra persona distinta.

. . . . .

. . . . .

Pasado algún tiempo visité su tumba y las flores frescas allí depositadas por aquel que aun menos que yo podía olvidarla. Lo estaba viendo y no podía, sin embargo, acabar de persuadirme de que aquella mujer tan singular, aquella amiga verdaderamente inapreciable, habitaba ahora aquel sitio, y que su mirada, tan clara, tan penetrante, se había extinguido para siempre debajo de la tierra que cubría sus restos.

Nos veíamos poco, pero estábamos siempre en constante comunión intelectual, y paréceme aún hoy que esta comunión no ha desaparecido, hasta el punto de que con frecuencia pienso en mi interior: le diré esto ó aquello; la consultaré con tal ó cual motivo, y espero leer en alguno de los sobres que el correo me trae su elegante y hermosa letra.